

ciese con su divina voz, á la cual, no haciéndose de rogar, con tanto desenfado como donaire cantó así:

*Si se rie el alba,  
De mí se rie,  
Porque adoro tibiezas,  
Y muero firme.*

Quando el alba miro,  
Con alegre risa  
Mis penas me avisa,  
Mis males suspiro;  
Pero no me aduiero  
De verla reir,  
Ni de presumir  
Que de mí se rie;  
Porque adoro tibiezas,  
Y muero firme.

Riese de verme  
Con cien mil pesares,  
Los ojos dos mares,  
Viendo aborrecerme;  
Quando ingrato duerme  
Mi querido dueño,  
Mi dolor el sueño  
Triste despide;  
Porque adoro tibiezas,  
Y muero firme.

Rie el ver que digo  
Que no tengo amor,  
Quando su rigor  
De secreto sigo,  
Por haber sido obligado  
A tratarme bien,  
Al mismo desden  
Que en matarme vive;  
Porque adoro tibiezas,  
Y muero firme.

Rie que me alejo  
De aquello que sigo;  
Llamado enemigo  
Por lo que me quejo,  
Que pido consejo,  
Amando sin él;  
Despido cruel  
Lo que no me sigue;  
Porque adoro tibiezas,  
Y muero firme.

Rie el ver mis ojos  
Publicar tibieza,  
Quando mi firmeza  
Les da mil enojos,  
Ofrecer despojos  
Y encubrir pasión,  
Mirar á traicion  
Unos ojos libres;  
Porque adoro tibiezas,  
Y muero firme.

Rie el que procura  
Encubrir mis celos,  
Que estoy sin desvelos  
Quando miento y juro,  
El descuido apuro,  
Lo que me da pena,  
Porque amor ordena  
Mi muerte triste;  
Porque adoro tibiezas,  
Y muero firme.

Llegóse en estos entretenimientos la noche, principio de la posesion de don Márcos, y mas de sus desdichas, pues antes de tomarla empezó la fortuna á darle con ellas en los ojos, y así fué la primera darle á don Agustín un accidente; no me atrevo á decir si le causó el ver casada á su señora tia; solo digo que puso la casa en alboroto, porque doña Isidora empezó á desconsolarse, acudiendo mas tierna que fuera razon á desnudarle, para que se acostase, haciéndole tantas caricias y regalos, que casi dió celos al desposado, el cual viéndolo ya al enfermo algo sosegado, mientras su esposa se acostaba, acudió á prevenir con cuidado que se cerrasen las puertas y echasen las aldabas á las ventanas; cuidado que puso en las desenvueltas criadas de su querida mujer la mayor confusion y aborrecimiento que se puede pensar, pareciéndoles achaque de celoso; y no lo era cierto, sino de avaro; porque como el buen señor habia traído su ropa, y con ella sus seis mil ducados, que aun apenas habian visto la luz del cielo, queria acostarse seguro de que lo estaba su tesoro. En fin, él se acostó con su esposa; las criadas, en lugar de acostarse, se pusieron á murmurar y llorar, exagerando la prevenida y cuidadosa condicion de su dueño. Empezó Marcela á decir: ¿Qué te parece, Inés, á lo que nos ha traído la fortuna, pues de acostarnos á las tres y á las cuatro, oyendo músicas y requiebros, ya en la puerta de la calle, ya en las ventanas, rodando el dinero en nuestra casa, como en otras la arena, hemos venido á ver á las once cerradas las puertas y clavadas las ventanas, sin que haya atrevimiento en nosotras para

abrir las? Mal año abrir las, dijo Inés; Dios es mi señor, que tiene traza nuestro amo de echarle siete candados como á la cueva de Toledo; ya, hermana, esas fiestas que dices se acabaron, no hay sino echarnos dos hábitos, pues mi ama ha querido esto; que poca necesidad tenia de haberse casado, pues no le faltaba nada, y no ponernos á todas en esta vida, que no sé cómo no la ha enternecido ver al señor don Agustín cómo ha estado esta noche, que para mí esta higa si no es la pena de verla casada el accidente que tiene; y no me espanto, que está enseñado á holgarse y regalarle, y viéndose ahora enjaulado como jilguerillo, claro está que lo ha de sentir como yo lo siento; que malos años para mí, que me pudieran ahogar con una hebra de seda cendalí. Aun tú, Inés, replicó Marcela, que sales fuera por todo lo que es menester, no tienes que llorar; mas triste de quien por llevar adelante este mal afortunado nombre de doncella, ya que en lo demás haya tanto engaño, ha de estar padeciendo todos los infortunios de un celoso, que las hormiguillas le parecen gigantes; mas yo lo reiniciaré, supuesto que por mis habilidades no me ha de faltar la comida. Mala pascua para el señor don Márcos si yo tal sufriere. Yo, Marcela, dijo Inés, será fuerza que sufra, porque si te he de confesar verdad, don Agustín es la cosa que mas quiero; si bien hasta ahora mi ama no me ha dado lugar de decirle nada, aunque conozco de él que no me mira mal, mas de aquí adelante será otra cosa, que habrá de dar mas tiempo, acudiendo á su marido. En estas pláticas estaban las criadas, y era el caso que el señor don Agustín era galán de doña Isidora, y por comer, vestir y gastar á título de sobrino, no solo llevaba la carga de la vieja, mas otras muchas, como eran las conversaciones de damas y galanes, juegos y bailes y otras cosas de este jaez, y así pensaba sufrir la del marido, aunque la mala costumbre de dormir acompañado le tenia aquella noche con alguna pasión; pues como Inés le queria, dijo que queria ir á ver si habia menester algo mientras se desnudaba Marcela, y fué tan buena su suerte, que como don Agustín era muchacho, tenia miedo, y así la dijo: Por tu vida, Inés, que te acuestes aquí conmigo, porque estoy con el mayor asombro del mundo, y si estoy solo, en toda la noche podré sosegar de temor. Era piadosísima Inés, y túvole tanta lástima, que al punto le obedeció, dándole las gracias de mandar le cosas de su gusto. Llegóse la mañana, martes al fin, y temiendo Inés que su señora se levantase y la cogiese con el hurto en las manos, se levantó mas temprano que otras veces, y fué á contar á su amiga sus venturas; y como no hallase á Marcela en su aposento, fué á buscarla por toda la casa, y llegando á una puertecilla falsa que estaba en un corral, algo á trasmano, la halló abierta, y era que Marcela tenia cierto requiebro, para cuya correspondencia tenia llave de la puertecilla, por donde se habia ido con él, quitándose de ruidos; y aposta, por dar á don Márcos tártago, la habia dejado abierta; y visto esto, fué dando voces á su señora, á las cuales despertó el miserable novio, y casi muerto de congoja

saltó de la cama, diciendo á doña Isidora que hiciese lo mismo, y mirase si le faltaba alguna cosa, abriendo á un mismo tiempo la ventana; y pensando hallar en la cama á su mujer, no halló sino una fantasma ó imagen de la muerte, porque la buena señora mostró las arrugas de la cara por entero, las cuales encubria con el afeite, que tal vez suele ser encubridor de años, que á la cuenta estaban mas cerca de cincuenta y cinco que de treinta y seis, como habia puesto en la carta de dote, porque los cabellos eran pocos y blancos por la nieve de muchos inviernos pasados. Esta falta no era mucha, merced á los moños y á su autor, aunque en esta ocasion se la hizo á la pobre dama, respecto de haberse caído sobre las almohadas con el descuido del sueño, bien contra la voluntad de su dueño; los dientes estaban esparcidos por la cama, porque, como dijo el principio de los poetas, daba perlas de barato, á cuya causa tenia don Márcos uno ó dos entre los bigotes, demás de que parecian tejado con escarcha, de lo que habian participado de la amistad que con el rostro de su mujer habian hecho. Cómo se quedaria el pobre hidalgo, se deja á la consideracion del pio lector, por no alargar pláticas en cosa que pueda la imaginacion suplir cualquiera falta; solo digo que doña Isidora, que no estaba menos turbada de que sus gracias se manifestasen tan á letra vista, así con una presurosa congoja su moño, mal enseñado á dejarse ver tan de mañana, y atestósele en la cabeza, quedando peor que sin él, porque con la prisa no pudo ver cómo le ponía, y así se le acomodó cerca de las orejas. ¡Oh maldita Marcela! causa de tantas desdichas, no te lo perdono Dios, amen. En fin, mas alentada, aunque con menos razon, quiso tomar un faldellín para salir á buscar su fugitiva criada, mas ni él ni el vestido rico con que se habia casado, ni los chapines con viras, ni otras joyas que estaban en una sala, porque esto y el vestido de don Márcos, con una cadena que valia doscientos escudos, que habia traído puesta el día antes, la cual habia sacado de su tesoro para solemnizar su fiesta, no pareció, porque la astuta Marcela no quiso ir desapercibida. Lo que haria don Márcos en esta ocasion, ¿qué lengua bastará á decirlo, ni qué pluma á escribirlo? Quien supiere que á costa de su cuerpo lo habia ganado, podrá ver cuán al de su alma lo sentiria, y mas no hallando consuelo en la belleza de su mujer, porque bastaba á desconsolar al mismo infierno. Si ponía los ojos en ella, veía una estantigua; si los apartaba, no veía sus vestidos y cadena, y con este pesar se paseaba muy aprisa así en camisa por la sala dando palmadas y suspiros. Mientras él andaba así, doña Isidora se fué al Jordan de su retrete y arquilla de baratijas; se levantó Agustín, á quien Inés habia ido á contar lo que pasaba, riéndose los dos de la vision de doña Isidora y la bellaquería de Marcela, y á medio vestir salió á consolar á su tío, diciéndole los consuelos que supo fingir y encadenar, mas á lo socarrón que á lo necio. Animóle con que se buscaria la agresora del hurto, y obligóle á paciencia el decirle que eran bienes de fortuna, con lo que cobró fuerzas para

volver en sí y vestirse; y mas como vió venir á doña Isidora tan otra de lo que habia visto, que casi creyó que se habia engañado y que no era la misma. Salieron juntos don Márcos y don Agustín á buscar por dicho de Inés las guaridas de Marcela; y en verdad que si no fueran, los tuviera por mas discretos, á lo menos á don Márcos; que don Agustín para mí pienso que lo hacia de bellaco mas que de bobo, que bien se deja entender que no se habia puesto en parte donde fuese hallada. Mas viendo que no habia remedio, se volvieron á casa, conformándose con la voluntad de Dios, á lo santo, y con la de Marcela, á lo de no poder mas, y mal de su grado hubo de cumplir nuestro miserable con las obligaciones de la torraboda, aunque el mas triste del mundo, porque tenia atravesada en el alma su cadena. Mas como no estaba contenta la fortuna, quiso seguir en la prosecucion de su miseria. Y fué de esta suerte, que sentándose á comer, entraron dos criados del señor almirante, diciendo que su señor besaba las manos de la señora Isidora, y que se sirviese enviar la plata, que para prestada bastaba un mes, que si no lo hacia, la cobraría de otro modo. Recibió la señora el recado, y la respuesta no pudo ser otra que entregarle todo cuanto habia, platos, fuentes y lo demás que lucía en casa, y que habia colmado las esperanzas de don Márcos, el cual se quiso hacer fuerte, diciendo que era hacienda suya, y que no se habia de llevar; y otras cosas que le parecia á propósito, tanto, que fué menester que un criado fuese á llamar al mayordomo, y el otro se quedase en resguardo de la plata. Al fin la plata se llevó, y don Márcos se quebró la cabeza en vano, el cual ciego de pasión y de cólera empezó á decir y hacer cosas como hombre fuera de sí; quejándose de tal engaño, y prometía la habia de poner pleito de divorcio; á lo cual doña Isidora con mucha humildad le dijo, por amansarle, que advirtiese que antes merecia gracias que ofensas, que por granjear un marido como él cualquiera cosa, aunque tocase en engaño, era cordura y discrecion, y que pues el pensar deshacerlo era imposible, lo mejor era tener paciencia. Hubo de hacer el buen don Márcos, aunque desde aquel día no tuvieron paz ni comían bocado con gusto. A todo esto don Agustín comía y callaba, metiendo las veces que se hallaba presente paz, y pasando muy buenas noches con Inés, con la cual reía las gracias de doña Isidora y desventuras de don Márcos. Con estas desdichas, si la fortuna le dejara en paz, con lo que le habia quedado se fuera por contento, y lo pasara honradamente. Mas como se supo en Madrid el casamiento de doña Isidora, un alquilador de ropa, dueño del estrado y colgadura, vino por tres meses que le debía de su ganancia, y asimismo á llevarlo; porque mujer que habia casado tan bien, coligió que no lo habria menester, pues lo podia comprar y tenerlo por suyo. A este trago acabó don Márcos de rematarse; llegó á las manos con su señora, andando el moño y los dientes de por medio, no con poco dolor de su dueño, pues le llegaba el verse sin él tan á lo vivo. Esto y la injuria de verse maltratar tan recien

casada la dió ocasion de llorar y hacer cargos á don Márcos por tratar así á una mujer como ella, y por bienes de fortuna, que ella los da y los quita; pues aun en casos de honra era demasiado castigo. A esto respondió don Márcos que su honra era su dinero; mas con todo esto no sirvió de nada para que el dueño del estrado y colgadura no lo llevase, y con ello lo que le debía un real sobre otro, que se pagó del dinero de don Márcos, porque la señora, como ya habia cesado su trato, no sabia de qué color era. A las voces y gritos bajó el señor de la casa, la cual nuestro hidalgo pensaba ser suya, porque la mujer le habia dicho que era huésped, y que le tenia alquilado aquel cuarto por un año. Le dijo pues que si cada día habia de haber aquellas voces, que buscasen casa y fuesen con Dios, que era amigo de quietud. ¿Cómo ir? respondió don Márcos, él es el que se ha de ir, que esta casa es mía. ¿Cómo vuestra? dijo el dueño; loco atreguado, idos con Dios, que yo os juro que si no mirara que lo sois, la ventana fuera vuestra puerta. Enojóse don Márcos, y con la cólera se atreviera si no se metieran de por medio doña Isidora y don Agustín, desengañando al pobre don Márcos, y apaciguando al señor de la casa con prometerle desembarazarla á otro día. ¿Qué podía don Márcos hacer aquí? O callar ó ahorcarse; porque lo demás, ni él tenia ánimo para otra cosa, y con tantos pesares estaba como atónito y fuera de sí. Y de esta suerte tomó su capa, y se salió de casa, y don Agustín por mandado de su tía con él, para que le reportase. En fin, los dos buscaron un par de aposentos cerca de Palacio, por estar cerca de la casa de su amo; y dando señal, quedó la mudanza para otro día, y así le dijo á don Agustín que se fuese á comer, porque él no estaba por entonces para volver á ver aquella engañadora de su tía. Hizolo así el mozo, dando la vuelta á su casa, y contando lo sucedido á doña Isidora, entre ambos trataron el modo de mudarse. Vino el miserable á acostarse rostrituerto y muerto de hambre; pasó la noche, y á la mañana le dijo doña Isidora que se fuese á la casa nueva para que recibiese la ropa, mientras Inés traía un carro en que llevarla. Hizolo así, y apenas el buen necio salió, cuando la traidora doña Isidora y su sobrino y criada tomaron cuanto habia, y lo metieron en un carro, y ellos con ello se partieron de Madrid la vuelta de Barcelona, dejando en casa las cosas que no podian llevar, como platos, ollas y otros trastos. Estuvo don Márcos hasta cerca de las doce esperando, y viendo la tardanza, dió la vuelta á su casa, y como no los halló, preguntó á una vecina si eran idos. Ella respondió que rato habia. Con lo que pensando ya estarían allá, tornó á toda prisa porque no aguardasen; llegó sudado y fatigado, y como no los halló, se quedó medio muerto, temiendo lo mismo que era, y sin parar tornó donde venia, y dando un puntapié á la puerta que habia dejado cerrada, y como la abrió y entró dentro, y viese que no habia mas de lo que nada valia, acabó de tener por cierta su desdicha, y empezó á voces y carreras por las salas, dándose de camino algunas calabazadas por las paredes, diciendo: Desdichado de

mí, mi mal es cierto, en mal punto hice este desdichado casamiento, que tan caro me cuesta. ¿Adónde estás, engañosa sirena y robadora de mi bien y de todo cuanto yo, á costa de mí mismo, tengo granjeado para pasar la vida con algun descanso? Estas y otras cosas decia, á cuyos extremos entró alguna gente de la casa; y uno de los criados, sabiendo el caso, le dijo que tuviese por cierto el haberse ido, porque el carro en que iba la ropa y su mujer, sobrino y criada era de camino, y no de mudanza, y que él preguntó que dónde se mudaba, y que le habian respondido que fuera de Madrid. Acabó de rematarse don Márcos con esto; mas como las esperanzas animan en mitad de las desdichas, salió con propósito de ir á los mesones á saber para qué parte habia ido el carro donde iba su corazón entre seis mil ducados que llevaban en él, lo cual hizo; mas su dueño no era cosario, sino labrador de aquí de Madrid, que en eso eran los que le habian alquilado mas astutos que era menester, y así no pudo hallar noticia de nada, pues querer seguirlo era negocio causado, no sabiendo el camino que llevaban, ni hallándose con un cuarto, si no lo buscaba prestado, y mas hallándose cargado con la deuda del vestido y joyas de su mujer, que ni sabia cómo ni de dónde pagarlo. Dió la vuelta, marchito y con mil pensamientos, á casa de su amo; y viniendo por la calle Mayor, encontró sin pensar con la cauta Marcela, y tan cara á cara, que aunque ella quiso encubrirse, fué imposible, porque habiéndola conocido don Márcos, así de ella, descomponiendo su autoridad, diciendo: Ahora, ladrona, me daréis lo que me robásteis la noche que os salistes de mi casa. ¡Ay, señor mío! dijo Marcela llorando, bien sabia yo que habia de caer sobre mí la desdicha desde el punto que mi señora me obligó á esto. Oigame, por Dios, antes que me deshonoré, que estoy en buena opinion y concertada de casar, y seria grande mal que tal se dijese de mí, y mas estando, como estoy, inocente; entremos aquí en este portal, y óigame de espacio, y sabrá quien tiene su cadena y vestiditos, que ya habia yo sabido cómo usted sospechaba su falta sobre mí, y lo mismo le previne á mi señora aquella noche; pero son dueños, y yo criada. ¡Ay de los que sirven, y con qué pensión ganan un pedazo de pan! Era don Márcos, como he dicho, poco malicioso; y así, dando crédito á sus lágrimas, se entró con ella en el portal de una casa grande, donde le contó quién era doña Isidora, su trato y costumbres y el intento con que se habia casado con él, que era engañándole, como ya don Márcos lo experimentaba bien á su costa; dijole asimismo cómo don Agustín no era sobrino suyo, sino su galán, y que era un bellaco vagamundo, que por comer y holgar estaba como le veia amancebado con una mujer de tal trato y edad, y que ella habia escondido su vestido y cadena para dárselo junto con el suyo y las demás joyas; que le habia mandado que se fuese, y pusiese en parte donde él no la viese, dando fuerza á su enredo con pensar que ella se lo habia llevado. Parecióle á Marcela ser don Márcos hombre poco pendenioso, y así se atrevió á decir tales cosas, sin temor de

lo que podria suceder, ó ya lo hizo por salir de entre sus manos, y no miró en mas, ó por ser criada, que era lo mas cierto. En fin, concluyó su plática la traidora con decirle que viviese con cuenta, porque le habian de llevar, cuando menos se pensase, su hacienda. Yo le he dicho á usted lo que me toca y mi conciencia me dicta; ahora, repeta Marcela, haga usted lo que fuere servido, que aquí estoy para cumplir todo lo que fuere su gusto. A buen tiempo, replicó don Márcos, cuando no hay remedio, porque la traidora y el ingrato mal nacido se han ido, llevándose cuanto tenia; y luego juntamente él contó todo lo que habia pasado con ellos desde el día que se habia ido de su casa. ¡Es posible! dijo Marcela. ¡Ay tal maldad! ¡Ay señor de mi alma! y cómo no en balde le tenia yo lástima, mas no me atrevia á hablar, porque la noche que mi señora me envió de su casa quise avisar á usted viendo lo que pasaba, mas temí; que aun entonces, porque le dije que no escondiese la cadena, me trató de palabra y obra cual Dios sabe. Ya, Marcela, decia don Márcos, he visto lo que dices, y es lo peor que no lo puedo remediar, ni saber dónde ó cómo puedo hallar rastro de ellos. No le dé eso pena, señor mío, dijo la fingida Marcela, que yo conozco un hombre, y aun pienso, si Dios quiere, que ha de ser mi marido, que le dirá á usted dónde los hallará como si los viera con los ojos, porque sabe conjurar demonios y hacer otras admirables cosas. ¡Ay, Marcela, y cómo te lo serviría yo y agradecería si hicieses eso por mí! Duélete de mis desdichas, pues puedes. Es muy propio de los malos, en viendo á uno de caida, ayudarle á que se despeñe mas presto, y de los buenos creer luego; así creyó don Márcos á Marcela; y ella se determinó á engañarle y estafarle lo que pudiese, y con este pensamiento le respondió que fuese luego, que no era muy lejos la casa. Yendo juntos, encontró don Márcos otro criado de su casa, á quien pidió cuatro reales de á ocho para dar al astrólogo, no por señal, sino de paga; y con esto llegaron á casa de la misma Marcela, donde estaba con un hombre que dijo ser el sabio, y á la cuenta era su amante. Habló con él don Márcos, y concertáronse en ciento y cincuenta reales, y que volviese de allí á ocho días, que él haria que un demonio le dijese dónde estaban, y los hallaria; mas que advirtiese que si no tenia ánimo, que no habria nada hecho, que mejor era no ponerse en tal, ó que viese en qué forma lo queria ver, si no se atrevia que fuese en la misma suya. Parecióle á don Márcos, con el deseo de saber de su hacienda, que era ver un demonio ver un plato de manjar blanco. Y así, respondió que en la misma que tenia en el infierno, en esa se le enseñase, que aunque le veia llorar la pérdida de su hacienda como mujer, que en otras cosas era muy hombre. Con esto y darle los cuatro reales de á ocho se despidió de él y Marcela, y se recogió en casa de un amigo, si los miserables tienen alguno, á llorar su miseria. Dejémosle aquí, y vamos al encantador, que así le nombraremos, que para cumplir lo prometido y hacer una solemne burla al miserable, que ya por la relacion de Marcela

conocia el sugeto, hizo lo que diré. Tomó un gato y encerróle en un aposentillo, al modo de despensa, correspondiente á una sala pequeña, la cual no tenia mas ventana que una, del tamaño de un pliego de papel, alta cuanto un estado de hombre, en la cual puso una red de cordel que fuese fuerte; y entrábase donde tenia el gato, y castigábalo con un azote, teniendo cerrada una gatera que hizo en la puerta, y cuando le tenia bravo, destapaba la gatera, y salia el gato corriendo, y saltaba la ventana, donde cogido en la red, le volvía á su lugar. Hizo esto tantas veces, que ya sin castigarle, en abriéndole, iba derecho á la ventana. Hecho esto, avisó al miserable que aquella noche en dando las once le enseñaria lo que deseaba. Habia, venciendo su inclinacion, buscado nuestro engañado lo que faltaba para los ciento y cincuenta reales prestados, y con ellos vino á casa del encantador, al cual puso en las manos el dinero, para animarle á que fuese el conjuro mas fuerte; el cual despues de haberle apercebido el ánimo y valor, se sentó de industria en una silla debajo de la ventana, la cual tenia ya quitada la red. Era, como se ha dicho, despues de las once, y en la sala no habia mas luz que la que podia dar una lamparilla que estaba á un lado, y dentro de la despensilla, todo lleno de cohetes, y con el mozo avisado de darle á su tiempo fuego y saltarle á cierta seña que entre los dos estaba puesta. Marcela se salió fuera porque ella no tenia ánimo para ver visiones. Y luego el astuto mágico se vistió una ropa de bocacá negro y una montera de lo mismo, y tomando un libro de unas letras góticas en la mano, algo viejo el pergamino, para dar mas crédito á su burla, hizo un cerco en el suelo, y se metió dentro con una varilla en las manos, y empezó á leer entre dientes, murmurando en tono melancólico y grave, y de cuando en cuando pronunciaba algunos nombres extravagantes y exquisitos, que jamás habian llegado á los oídos de don Márcos, el cual tenia abiertos, como dicen, los ojos de un palmo, mirando á todas partes si sentia ruido para ver el demonio que le habia de decir todo lo que deseaba. El encantador heria luego con la vara en el suelo, y en un brasero que estaba junto á él con lumbre echaba sal, azufre y pimienta, y alzando la voz decia: Sal aquí, demonio Calquimorro, pues eres tú el que tienes cuidado de seguir á los caminantes, y les sabes sus designios y guaridas, y di aquí en presencia del señor don Márcos y mía qué camino lleva esta gente y dónde y qué modo se teudrá de hallarlos; sal presto, ó guárdate de mi castigo; estás rebelde, y no quieres obedecerme, pues aguarda, que yo te apretaré hasta que lo hagas, y diciendo esto, volvía á leer en el libro; á cabo de rato tornaba á herir con el palo en el suelo, refrescando el conjuro dicho y zahumerio, de suerte que ya el pobre don Márcos estaba ahogándose. Y viendo ya ser hora de que saliese, dijo: Oh tú que tienes las llaves de las puertas infernales, manda al Cerbero que deje salir al Calquimorro, demonio de los caminos, para que nos diga dónde están estos caminantes, ó si no, te fatigaré cruelmente. A este tiempo ya el mozo que es-

taba por guardian del gato había dado fuego á los cohetes y abierto el agujero, que como vió arder, salió dando aullidos y truenos, brincos y saltos, y como estaba enseñado á saltar en la ventana, quiso escaparse por ella, y sin tener respeto á don Marcos, que estaba sentado en la silla, pasó por encima de su cabeza, abrasándole de camino las barbas y cabellos y parte de la cara, y dió consigo en la calle, con cuyo suceso, pareciéndole que no había visto un diablo, sino todos los del infierno, dando muy grandes gritos, se dejó caer desmayado en el suelo sin tener lugar de oír una voz que se dió en aquel punto, que dijo: En Granada los hallarás. A los gritos de don Marcos y aullidos del gato, viéndole dar bramidos y saltos por la calle, respecto de estarse abrasando, acudió gente, y entre ellos la justicia; y llamando, entraron, y hallaron á Marcela y su amante procurando á fuerza de agua volver en sí al desmayado, lo cual fué imposible hasta la mañana. Informóse del caso el alguacil, y no satisfaciéndose, aunque le dijeron el enredo, echaron sobre la cama del encantador á don Marcos, que parecía muerto, y dejando con él y Marcela dos guardas, llevaron á la cárcel al embustero y su criado, que hallaron en la despensilla, dejándolos con un par de grillos á cada uno á título de hombre muerto en su casa. Dieron á la mañana noticia á los señores alcaldes de este caso, los cuales mandaron salir á visita los dos presos, y que fuesen á ver si el hombre había vuelto en sí, ó si había muerto. A este tiempo don Marcos había vuelto en sí, y sabia de Marcela el estado de sus cosas, y se confirmaba el hombre mas cobarde del mundo. Llevóles el alguacil á la sala, y preguntado por los señores de este caso, dijo la verdad, conforme lo que sabia, trayendo al juicio el suceso de su casamiento, y cómo aquella moza le había traído á aquella casa, donde le dijo que sabia los que llevaban su hacienda dónde los hallaría, y que él no sabia mas, sino que despues de largos conjuros que aquel hombre había hecho leyendo en un libro que tenia, había salido por un agujero un demonio tan feo y tan horrible, que no había bastado su ánimo á escuchar lo que decía entre dientes y los grandes aullidos que iba dando; y que no solo esto, mas que había embestido con él y puéstole como veían; mas que él no sabia qué se hizo, porque se le cubrió el corazon, sin volver en sí hasta la mañana. Admirados estaban los alcaldes, hasta que el encantador los desencantó contándoles el caso como se ha dicho, confirmando lo mismo el mozo y Marcela y gato que trajeron de la calle, donde esta-

ba abrasado y muerto; y trayendo tambien dos ó tres libros que en su casa tenia, dijeron á don Marcos conociéndose cuál de ellos era el de los conjuros. El tomó el mismo, y le dió á los señores alcaldes, y abierto vieron que era el de *Amadis de Gaula*, que por lo viejo y letras antiguas había pasado por libro de encantos; con lo que enterados del caso, fué tanta la risa de todos, que en gran espacio no se sosegó la sala, estando don Marcos tan corrido, que quiso matar al encantador, y luego hacer lo mismo de sí, y mas cuando los alcaldes le dijeron que no se creyese de ligero ni se dejase engañar á cada paso. Y así, los enviaron á todos con Dios, saliendo tal el miserable, que no parecia el que antes era, sino un loco. Fuése á casa de su amo, donde halló un cartero que le buscaba con una carta, que abierta, vió que decía de esta manera:

«A don Marcos Miseria, salud. Hombre que por ahorrar no come, hurtando á su cuerpo el sustento necesario, y por solo interés se casa, sin mas informacion que si hay hacienda, bien merece el castigo que usted tiene y el que le espera andando el tiempo. Vuesa merced, señor, no comiéndolo sino como hasta aquí, ni tratando con mas ventaja que siempre hizo á sus criados, y como ya sabe, la media libra de vaca, un cuarto de pan y otros dos de racion al que sirve y limpia la estrecha vasija en que hace sus necesidades, vuelva á jubtar otros seis mil ducados, y luego me avise, que vendré de mil amores á hacer con usted vida maridable; que bien lo merece marido tan aprovechado.»

»DOÑA ISIDORA VENGANZA.»

Fué tanta la pasión que don Marcos recibió, que le dió una calentura, que en pocos dias le acabó los suyos miserablemente. A doña Isidora, estando en Barcelona aguardando galeras en qué embarcarse para Nápoles, una noche don Agustín y su Inés la dejaron durmiendo, y con los seis mil ducados de don Marcos y todo lo demás que tenia se embarcaron, y llegados que fueron á Nápoles, él asentó plaza de soldado, y la hermosa Inés puesta en paños mayores se hizo dama cortesana, sustentando con este oficio en galas y regalos á su don Agustín. Doña Isidora se volvió á Madrid, donde, renunciando el moño y las galas, anda pidiendo limosna, la cual me contó mas por entero esta maravilla, y me determiné á escribirla, para que vean los miserables el fin que tuvo este, y viéndolo, no hagan lo mismo, escarmentando en cabeza ajena.

## LA FUERZA DEL AMOR,

POR DOÑA MARIA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

En Nápoles, insigne y famosa ciudad de Italia por su riqueza, hermosura y agradable sitio, nobles ciudadanos y gallardos edificios, coronados de jardines y adornados de cristalinas fuentes, hermosas damas y gallardos caballeros, nació Laura, peregrino y nuevo milagro de naturaleza, tanto, que entre las mas gallardas y hermosas fué tenida por celestial extremo; pues habiendo escogido los curiosos ojos de la ciudad entre todas ellas once, y de estas once tres, fué Laura de las once una, y de las tres una. Fué tercera en el nacer, pues gozó del mundo despues de haber nacido en él dos hermanos tan nobles y virtuosos como ella hermosa. Murió su madre del parto de Laura, quedando su padre por gobierno y amparo de los tres gallardos hijos, que si bien sin madre, la discrecion del padre suplió medianamente esta falta. Era don Antonio, que este es el nombre de su padre, del linaje y apellido de Carrafa, deudo de los duques de Nochera, y señor de Piedrablanca. Criáronse don Alejandro, don Carlos y Laura con la grandeza y cuidado que su estado pedia, poniendo su noble padre en esto el cuidado que requeria su estado y riqueza, enseñando á los hijos en las buenas costumbres y ejercicios que dos caballeros y una tan hermosa dama merecian, viviendo la bella Laura con el recato y honestidad que á mujer tan rica y principal era justo, siendo los ojos de su padre y hermanos alabanza de la ciudad. Quien mas se señalaba en querer á Laura era don Carlos, el menor de los hermanos, que la amaba tan tierno, que se olvidaba de sí por quererla; y no era mucho, que las gracias de Laura obligaban, no solo á los que tan cercano deudo tenian con ella, mas á los que mas apartados estaban de su vista. No hacia falta su madre para su recogimiento, demás de ser su padre y hermanos vigilantes guardas de su hermosura; y quien mas cuidadosamente velaba á esta señora eran sus honestos pensamientos, si bien cuando llegó á la edad de discrecion no pudo negar su compañía á las principales señoras, sus deudas, para que Laura pagase á la desdicha lo que debe la hermosura. Es costumbre en Nápoles ir las doncellas á los saraos y festines que en los palacios del virey y casas particulares se hacen, aunque en algunas tierras de Italia no lo aprueban por acertado, pues en las mas de ellas se les niega ir á misa, sin que basten á derogar esta ley que

N-II,

ha puesto en ellas la costumbre las penas que los ministros eclesiásticos y seglares les imponen. Salió, en fin, Laura á ver y ser vista, tan acompañada de hermosura como de honestidad, aunque á acordarse de Diana no se fiara de su recato. Fueron sus bellos ojos basiliscos de las almas, su gallardía monstruo de las vidas, y su riqueza y nobles prendas cebo de los deseos de mil gallardos y nobles mancebos de la ciudad, pretendiendo por medio de casamiento gozar de tanta hermosura.

Entre los que pretendian servir á Laura se aventajó don Diego de Piñatelo, de la noble casa de los duques de Monteleon, caballero rico y galán. Vió, en fin, á Laura, y rindióle el alma con tal fuerza, que casi no la acompañaba sino solo por no desamparar la vida; tal es la hermosura mirada en ocasion; túvola don Diego en un festin que se hacia en casa de un principe de los de aquella ciudad, no solo para verla, sino para amarla, y despues de amarla darla á entender su amor tan grande en aquel punto como si hubiera mil años que la amaba. Usase en Nápoles llevar á los festines un maestro de ceremonias, el cual saca á danzar á las damas, y las da al caballero que le parece. Valióse don Diego en esta ocasion del que en el festin asistia; ¿quién duda que seria á costa de dinero? pues apenas calentó con él las manos al maestro, cuando vió en las suyas las de la bella Laura el tiempo que duró el danzar una gallarda; mas no le sirvió de mas que de arderser con aquella nieve, pues apenas se atrevió á decir: Señora, yo os adoro, cuando la hermosa dama, fingiendo justo impedimento, le dejó y se volvió á su asiento, dando que sospechar á los que miraban, y que sentir á don Diego, el cual quedó tan triste como desesperado, pues en lo que quedaba del dia no mereció que Laura le favoreciese siquiera con los ojos. Llegó la noche, que don Diego pasó revolviendo mil pensamientos, ya animando con la esperanza, ya desesperando con el temor, mientras la hermosa Laura, tan ajena de sí cuanto propia de su cuidado, llevando en la vista la gallarda gentileza de don Diego, y en la memoria el yo os adoro que le había oido, ya se determinaba á querer, y ya pidiéndose estrecha cuenta de su libertad y perdida opinion, como si en solo amar se hiciese yerro, arrepentida se reprendia á sí misma, pareciéndole que ponía en condicion, si amaba, la obligacion

36